

Rosas Navarro, Ruth Magali. *Agonía, muerte y salvación en el norte del Virreinato peruano 1780-1821*. Huelva: Universidad de Huelva, 2019. 250 pp.

La muerte, su cercanía o su inevitable presencia, supone una serie de creencias, actitudes, gerencias e incluso promesas, que parten de deseos individuales a acciones sociales. Además, es un acontecimiento real que afecta a toda criatura en tierra en donde, en ese tránsito al más allá, los imaginarios sobre el infierno, el purgatorio y el cielo, mueven plegarias, advocaciones, bienes, vínculos terrenales y espirituales para la salvación del alma. En otras palabras, en este delicado tiempo, de continua prueba y reafirmación de la fe, emergen los temores, las peticiones, las acciones de reparación, las solidaridades pero, también, las soledades, los incumplimientos, las desigualdades y los conflictos. En este sentido, como ya es conocido, la muerte nos acerca a la vida de las personas, qué creían, cómo enfrentaban este suceso, cómo construían la última imagen que dejarían; en definitiva, cómo salvarían su alma para alcanzar a una vida eterna.

Las actitudes ante la muerte, a decir de Philippe Ariès, han sido ampliamente estudiadas en distintos contextos y temporalidades. En este sentido, ¿qué más se podría decir?, ¿existen más particularidades que similitudes frente a este acontecimiento humano? Ruth Magali Rosas Navarro nos ofrece una nueva lectura de la agonía, la muerte y la salvación en Piura, “como entrada y salida del virreinato peruano”, entre 1780-1821. Para ello la autora nos invita a hacer un recorrido, desde el recibimiento del sacramento de la Extremaunción hasta el depósito del cuerpo en la tumba, así como todos sufragios para la salvación del alma. El estudio se sustenta en tres tipos de documentos: primero, las fuentes notariales: 493 testamentos –pero 482 testadores–, 87 poderes para testar, 8 codicilos y 21 inventarios de bienes; segundo: fuentes primarias publicadas como colecciones documentales, constituciones, poemas, revistas, etc.; y tercero: las acuarelas de Baltasar Jaime Martínez Compañón. Todo ello en una lógica comparativa entre el partido de Piura y algunas villas y ciudades de Iberoamérica.

Ahora bien, uno de los problemas a los que se enfrenta Ruth Magali Rosas Navarro es que en la documentación no se hace explícito el grupo social al que pertenecen los otorgantes, igual situación sucede con los oficios y las profesiones; a esto se suma que, por malas condiciones, la documentación entre 1790 y 1792 se perdió. El libro está dividido en tres capítulos, que dan cuenta de tres momentos en torno a los funerales y entierros: “Agonía y muerte en el entorno familiar”, “Ceremonial funerario en el entorno social” y “Buscando la salvación del alma”. Es decir, nos permite transitar diferentes espacios –la notaría, el hospital, la casa, la calle, la iglesia, la sepultura– con sus actores –el moribundo, la familia, los allegados, los médicos y los curanderos, los sacerdotes, el notario, el sepulturero, los capellanes, los patronos, etc.–.

En el primer momento, ingresamos a la casa del agonizante, nos encontramos con un cuerpo enfermo, que en el mejor de los casos habría hecho previamente un

testamento para la salvación de su alma y la disposición de sus bienes. Según la autora, el 73% de los otorgantes se hallaba en agonía, el 13%, “enfermos en pie” y el 9%, sanos. Sin embargo, si no se hizo este acto escritural, los agonizantes podían solicitar de manera oral a una o varias personas de su confianza las acciones para sus funerales y entierros. Este es un momento álgido por varias razones: en primer lugar, el propio espacio cotidiano e íntimo se dispone para la muerte, se colocaban crucifijos, rosarios, reliquias, denarios, escapulario, velas de cera bendita, estampitas de la Virgen y otros santos junto al enfermo para ayudarlo a bien morir. En segundo lugar, el médico, el curandero y el sacerdote entraban en escena ya que, por un lado, se buscaba aliviar el cuerpo, que en caso de los piuranos preferían las atenciones de curanderos y plantas medicinales; y por otro lado, si lo primero no funcionaba, se aliviaba el alma con confesiones, que si era posible se realizaban diariamente.

En tercer lugar, la confesión, como uno de los actos que permite mirar la implantación de la religión católica en la América hispánica, presentaba también ciertas complicaciones. Por un lado, hubo denuncias en Yapatera y Trujillo de curas que inducían a que el agonizante les dejara su patrimonio, de ahí que en 1771 Carlos III haya prohibido estas donaciones. Por otro lado, por las distancias entre poblados se daban quejas de que los sacerdotes no llegaban; no obstante, podían los agonizantes ser aliviados espiritualmente por cofrades, síndicos, hermanos, etc. En cuarto, y último lugar, del espacio privado se pasaba al social a través de una manifestación sonora: el toque de agonía, pues la muerte que había ingresado a la casa también se hacía visible en el tañido de las campanas. A pesar de que se afirmaba de manera general que todos eran iguales ante la muerte, incluso en el retoque de campanas había variaciones de acuerdo al prestigio de cada persona; de ahí que estas hayan sido reguladas en su número y horas de toque.

Una vez que la persona moría había que dar el trato adecuado a su cuerpo. En los testamentos como los principales documentos para la disposición de los funerales y entierros, a través de la invocación, intercesión, considerando y encomendando se hacen evidentes las formas de manifestar la fe, los santos de mayor apego o popularidad, los sufragios más comunes, entre otros. A su vez, se hace alusión al amortajamiento del cuerpo, en Piura el 82% solicitó ser amortajado, en donde se encuentra de mayor a menor porcentaje los siguiente hábitos: de san Francisco con algunos tipos que varían en relación a la calidad y la finura de la tela –entre 5 y 20 pesos–, con el más exclusivo de “género fino de color azul”; de la Virgen de las Mercedes, estos dos primeros tanto para hombres como para mujeres; de la Virgen del Carmen –más solicitado por mujeres–, de Betlemitas –más solicitado por hombres–; mortaja simple –sábana: lienzo, tocuyo o limosna– y vestiduras sacerdotales. A partir de los cual se podían dar variaciones, es decir solicitar entre dos y tres mortajas, con particularidades entre los sacerdotes y los militares.

Con el cuerpo dispuesto se daba paso a la vigilia y el convite. Para ello, se colocaban en las paredes mantos negros que se compraban o arrendaban por 4 reales. Por otra parte, el cuerpo, de acuerdo al grupo social y el nivel económico, era colocado en el suelo en una alfombra, esterilla de paja junco para indios o personas de escasos recursos, o sábana para negros libertos, con 4 o 6 velas en hacheros a los costados. Estas “colchas” también servían para las posas, para lo cual se contrataba a alguien para que las llevara junto con los paños y otros enseres por un costo de 6 reales. Además, se debía destinar dinero para el ataúd que podía costar unos 9 reales, aunque Ruth Magali Navarro Rosas nos brinda el caso de María Ortiz Rodríguez, convale-

ciente en el Hospital de Santa Ana, quien en su testamento pidió que se usaran las tablas de su cama para este menester.

Se ha dispuesto el cuerpo, la casa e incluso la calle para los funerales, por lo que es hora de vestir a los deudos, servidumbre y esclavos¹. Para los varones se confeccionaban “chupas de burato con forro de choleta” y “calzones de perpetuán con forro de tocuyo fino”; mientras que para las mujeres, “medias negras de sarga”, “saya de bombasí”, “blusa blanca” y “mantilla negra”. Esto costaba 19 pesos 7 reales para féminas y 12 pesos 3 reales para los varones, aunque cabe señalar que se encuentran variaciones entre 14 y 150 pesos, de acuerdo a los materiales usados y al número de deudos. Pero, ¿qué sucedía con las personas que no disponían de recursos? Se mandaban a teñir algunas prendas de color negro. Con el cuerpo dispuesto, normalmente el ataúd abierto a pesar de los olores y las prohibiciones, la casa cubierta, los deudos vestidos, se daba paso a las vigiliás, en donde las personas se reunían en la noche para el responso, entre 1 y 12, o escuchar el llanto de las plañideras, que fueron prohibidas en 1794. En este momento de socialización y solidaridades se servían aguardiente de Castilla y del lugar, vino, pero también se servía gallina, carnero, cabrito, cecina, pan, bizcochuelos y rapaduras.

En el segundo momento, la autora nos hace recorrer las calles, ingresar a la iglesia y ver el lugar de sepultura con los funerales y los entierros, que además dan cuenta de los vínculos sociales, del poder y del prestigio que tenía el difunto. Además, convergen diversos actores que tienen como objetivo ayudar a rezar para la salvación del alma, que ya están presentes en la vigilia, como: hermanos, cofrades, pobres y niños, quienes además conformaban el cortejo fúnebre con cruz, incensario y agua bendita; el entierro podía ser de cruz alta, cruz baja y de limosna. Como podemos observar, desde la agonía al hasta el entierro se hacían imprescindibles oraciones, enseres de diversos tipos, misas, etc. por lo que las personas se apresuraban a inscribirse en una cofradía, que además de la ayuda espiritual y logística, daba un estipendio a los viudos. Pero antes de llegar a la iglesia o convento en donde sería enterrado el difunto, se hacían las posas en cada esquina, que en 1623 tenía un costo de 2 pesos. Por otra parte, cabe señalar que si bien la elección de las ceremonias se vinculaba con el prestigio, también se disminuían los costos con el deseo de dejar la mayor cantidad de bienes a los herederos o dejar una imagen de humildad.

En este paso al más allá, y ojalá a la vida eterna, el ataúd cubierto con un manto negro era llevado en andas, lo acompañaban músicos y cantores, con un valor de 2 pesos para “derecho de música de Arpista, violinista, Bajonista, Dulsainista [y] Maestro de capilla”, cofrades, familiares y amigos con velas, hachas, guiones, blandones y paños. La iglesia también era dispuesta con arañas y luces que fueron reguladas a 4 en el altar mayor. En los altares laterales se pedía la celebración de varias misas al mismo tiempo, las cuales fueron prohibidas por la desorden que causaban. Por otro lado, el lugar de sepultura era importante, sobre todo en las iglesias y conventos, ya que se creía, entre otras cosas, que no serían olvidados; así el 87,6% de los piuranos mencionó la sepultura con diferencias de género, pues las mujeres preferían hacerlo en conventos de la ciudad y los hombres, en el convento de San Francisco. Sin embargo, también hay casos que desean mantener los vínculos con sus padres, hijos y hermanos y piden ser enterrados a lado de ellos. En este momento, se debe

¹ Para esclavos y servidumbre se daba una falda sencilla o pollera, una mantilla sobre una blusa blanca de tocuyo o mala calidad.

considerar también el costo de 2 reales para el alquiler de la barreta que cavará la tumba, que provocaba problemas cuando era poca profunda o era reutilizada; más un nicho que podía ser alquilado en 6 pesos para niños, 10 para adultos, o comprado en 200 pesos.

Como se puede observar, la muerte de una familiar suponía una serie de acciones que más allá de la religiosidad estaba atravesada por los recursos económicos, pues se encuentran gatos para funeral y entierro entre 20 pesos y 3 reales, y 450 pesos. De ahí que las piuranos hayan usaba dinero, vendido ropa, hecho préstamos, colectas en el barrio, vendido inmuebles y esclavos² o se empeñado telas –los de pocos recursos– y objetos de valor. De este modo, la muerte se convertía en sistema de opresión y abusos, y a pesar de las regulaciones como VI Concilio Limense, las personas se quedaban por varios años endeudadas con “deuda por cobrar”. A esto se suma que, si bien existía un modelo de comportamiento religioso, en los rituales y las actitudes en torno a la muerte, Ruth Magali Rosas Navarro nos muestra que se hacían evidentes también costumbres ancestrales indígenas como exhumaciones, no disposición de los familiares para el enterramiento, lavatorios o *píchica* –cinco en quechua–, desenterramiento de los huesos el día de difuntos, que eran llevados a otras iglesias, con ofrendas como cigarrillos, cocas, etc.

En el tercer momento, Ruth Magali Rosas Navarro nos acerca a las acciones que van allá del tiempo de los testadores y se ubican incluso en la eternidad; esto da paso, según la autora a “la memoria, la lealtad, la gratitud y la esperanza de alcanzar el perdón”. Las exequias incluían misa de réquiem, vigilia y responso, y los sufragios podían durar entre 9 días, 2 años –se destacan los treintanarios– y las misas de fundación. Por otra parte, están “misas rezadas, cantadas, vigiliadas, respuestas, novenarios y honras”. En la muestra de estudio, el 68% de los otorgantes no puntualizaron el tipo de misa; pero cuando lo hicieron, se encuentran: misas rezas, misas de cuerpo presente –normalmente 4: una en la matriz y las restantes en los conventos –, misas cantadas y simples, misas con vigilia, misas con responso, y solo dos hombres que pidieron misas con Réquiem³. En este contexto, el número de misas solicitadas varía entre una y mil por varios años, pero éstas se solicitan también para los familiares más cercanos como padres, hijos, hermanos, etc, de acuerdo a los bienes que se poseía.

Por otra parte, las cartas de donación, como un recurso para la salvación del alma, también fueron usadas para mostrar una imagen piadosa, para quienes no tenían herederos forzosos. Los bienes donados son diversos para la construcción y refacción de templos, culto y embellecimiento de las imágenes. A su vez, cabe destacar la donación de hombres y mujeres negras, que habrían servido en los templos en su limpieza, cuidado e incluso la música. Mientras que en las fundaciones de capellanías colativas y Patronato Real de Legos, un 13% de quienes testaron, se designaba por varias generaciones a los responsables de mantenerlas en calidad de capellanes, patronos y beneficiarios, en donde primaba el mayor al menor, y el hombre a la mujer; pero, también eran encomendadas a “sacerdotes, conventos, cofradías, hospitales, cárceles y otras instituciones”. Pero, los deseos se distancian de la práctica y no siempre se cumplía con lo estipulado, ya sea por falta de dinero o por tiempo, a decir los responsables.

² Cabe señalar que la libertad de los esclavos podía ser conseguida de esta forma, pues se harían cargo de los funerales y entierro de sus amos como pago.

³ Las misas de réquiem no podían ser para niños o debían ser al menos mayores de ocho años.

Jacques Le Goff señala que “La historia es investigación y por lo tanto elección. Su objetivo no es el pasado: ‘La idea misma de que el pasado, en tanto tal, pueda ser objeto de ciencia es absurda, su objeto es el hombre o mejor dicho los hombres y más precisamente los hombres en el tiempo’”⁴. Eso es lo que hace Ruth Magali Rosas Navarro, que nos acerca a cómo los piuranos vivieron su propia muerte y las de los demás. Esta se convertía en el pretexto para repensar las acciones del pasado, mirarse frente a un espejo en el presente y destinar acciones incluso hasta la eternidad. Pero también, a partir de ella la gente se permitía convocar y separar, agradecer y reprender, desaparecer, pero sobre todo permanecer.

Referencias bibliográficas

Le Goff, Jacques, “Prefacio” en *Apología para la historia o el oficio del historiador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996, 9-33.

María Teresa Arteaga
Universidad de Cuenca (Ecuador)
maria.arteagaa@ucuenca.edu.ec

⁴ Le Goff, Jacques, “Prefacio” en *Apología para la historia o el oficio del historiador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 20.